# JOSE MARIA MENDEZ



# ESPEJO DEL TIEMPO

ESPEJO DEL TIEMPO

# ESPEJO DEL TIEMPO

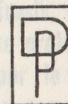
*Hecho el depósito*
*que marca la ley.*

*Primera edición*
*Dirección de Publicaciones*
*del Ministerio de Educación.*
*San Salvador, 1974.*


Impreso en sus Talleres
Pasaje Contreras Nº 145. San Salvador,
El Salvador, Centro América.

JOSE MARIA MENDEZ

# ESPEJO DEL TIEMPO



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

## PROLOGO

Este sorprendente libro, producto de la singular imaginación creadora de José María Méndez, para ser congruente con la índole de sus narraciones tenía necesariamente que comenzar con una sorpresa. Se supone que un prólogo es una presentación tanto de la obra como del autor. Sorpresa, y no pequeña, es el hecho que un desconocido en el campo de la literatura de ficción presente a un cuentista cuya notoriedad y bien ganada fama de narrador desborda las fronteras de Centro América. El autor de esta obra ha ganado en dos ocasiones el primer premio en la rama del cuento de los muy prestigiados Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, que año con año celebra la ilustre ciudad guatemalteca de Quezaltenango: en 1970 el doctor Méndez ganó tan preciado trofeo con una preciosa joya literaria que lleva el título de "Tiempo Irredimible"; en 1973 obtuvo igual triunfo con el relato "Espejo del Tiempo", incluido en este volumen.

Para no andar con perífrasis, diré de una buena vez que la obra para la que escribo este prólogo, por la originalidad de los cuentos que la integran, por la agridulce ironía de muchos de ellos, por el terso estilo con que están narrados y por el contenido de los mismos, el cual trasciende la peripecia localista y el costumbrismo regional, merece ser presentada, no a lectores centroamericanos, quienes, como ya lo he insinuado, conocen de

sobra a José María Méndez, sino a todo hispanohablante que guste de las bellas letras. Es por esta razón que por más que me empine como escritor, este prólogo jamás podrá estar a la altura de la obra prologada y, menos aún, de la estatura literaria de su autor: la probidad intelectual exige que así lo haga constar.

* *
*

José María Méndez nació para ser un verdadero jurista, ¡y lo es de cuerpo entero! Su padre, el doctor Antonio Rafael Méndez (de quien puedo hablar con pleno conocimiento de causa porque me hizo el honor, como a tantos otros abogados, de brindarme generosamente el amazónico caudal de sus conocimientos y guió con paternal solicitud, verdaderamente conmovedora, mis primeros pasos en la carrera judicial) fue uno de los más grandes jurisconsultos que ha tenido El Salvador, cuyas sentencias como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia constituyen un valioso aporte a la jurisprudencia salvadoreña y son modelos de rigurosa hermenéutica jurídica. "Chemita", como le llamaba su padre y le seguimos llamando sus amigos, heredó la paterna vocación de infatigable estudioso del Derecho, como lo puso de manifiesto desde el momento en que ingresó a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y así lo vemos obtener en 1936, una medalla de oro como el mejor alumno; en 1937 recibir un diploma de honor por haber obtenido la calificación máxima en cada una de las materias de su curso; lo vemos, además, mantener esta posición cimera hasta terminar sus estudios. En 1940 Chemita ganó otra medalla de oro en un concurso de monografías jurídicas, con un minucioso estudio sobre "El Cuerpo del Delito", el cual todavía puede ser consultado con verdadero provecho. Para optar al título de doctor, el bachiller



José María Méndez presentó una brillante tesis sobre "La Confesión en Materia Penal", la cual le valió su tercer medalla académica de oro y con este lauro inició su ejercicio profesional. En la práctica de la abogacía Chema Méndez se ha destacado como orador forense elocuente e irónico, y como litigante cuya lógica implacable, unida a sus amplios conocimientos y múltiples recursos hacen de él un adversario temido y respetado. Pero donde, a mi entender, ha brillado a mayor altura y con luz más pura su extraordinario talento, su cultura general y vastos conocimientos jurídicos es en el desempeño de sus cátedras universitarias, tanto en la de introducción al Estudio del Derecho como en la de Derecho Procesal Penal, las cuales sirvió durante más de quince años y en las de Teoría del Estado y Derecho Penal que tuvo a su cargo esporádicamente. La óptima calidad de aquella labor educativa me consta de modo fehaciente, porque durante los doce y tantos años en que serví la cátedra de Filosofía del Derecho conté en todo momento con la colaboración eficaz y el consejo oportuno de los doctores José María Méndez y José Antonio Rodríguez Porth, éste a la sazón catedrático de Introducción a la Filosofía General. Siempre me ha sido placentero el recuerdo de aquella época en que di a la juventud estudiosa lo mejor de mí mismo y, al evocarla, asociar en mi gratitud los ya citados nombres de esos dos ilustres colegas, con quienes también compartí la dirección del combatido diario "Patria Nueva", allá por los años 1953 y 1954. El doctor José María Méndez fue, además, Fiscal, Vice-Rector y Rector de nuestra amada Alma Mater, la Universidad de El Salvador.

* *
*

José María Méndez estaba llamado a ser (y lo es) un notable jurista. Pero sucede que en este desconcertante Chemita

hay también un narrador nato, vale decir que es, por naturaleza, cuentista y "cuentero", en la más amable y risueña acepción que a este vocablo da nuestro pueblo. Sus cuentos están narrados con maestría insuperable.

Chema Méndez se inició en la vida literaria cuando todavía cursaba la enseñanza media, como miembro del grupo "El Convólvulo" (creo que este nombre significaba un homenaje a Porfirio Barba Jacob, cuyos poemas recitábamos los adolescentes de aquella época: **¡Oh AMOR** —cito de memoria— **tu emblema sea el convólvulo, la flor de los crepúsculos.)** Integraban este grupo literario, entre otros, Hugo Lindo, Lisandro Alfredo Suárez, Alfredo Alvarado y Thony Vassiliu. Los primeros pininos literarios de Chemita vieron la luz pública en las páginas de la revista Cipactly.

Corría el año 1932, en Santa Ana el grupo "Rumbo" integrado por Pedro Geoffroy Rivas, Guillermo Castellanos, Rolando Velásquez, Víctor Manuel Marticorena, Manuel Aguilar Chávez, quien esto escribe y otros, publicaba su propio semanario. Una buena tarde se apareció en las improvisadas oficinas de "Rumbo", chupando golosamente una melcocha, la figura larga y flaca de Hugo Lindo. Llegaba en calidad de Embajador Plenipotenciario y Enviado Especial de "El Convólvulo" y por él supe de Chema Méndez, quien por entonces cultivaba la poesía: las musas le deben estar agradecidas por haberla dejado posteriormente. Pocos meses después de esto, cuando en nocturno paseo solitario en lo que hoy es parque Bolívar, fui metafóricamente hablando asaltado por Chema, Hugo y Thony Vassiliu, esta vez los miembros de "El Convólvulo" no querían hablar de versos ni de cuentos, sino de serias cuestiones sociales y políticas que les traían preocupados. Aquel coloquio fue el comienzo de una noble amistad de la que yo siempre he sacado la mejor parte.

Hasta la fecha, Chema Méndez ha publicado: "Fliteando" (Editorial Universitaria. 1970. San Salvador), libro en el cual



recoge algunos de los artículos publicados en la muy leída columna que con el mismo título mantuvo en el diario "Patria Nueva" y cuyo contenido es una incisiva, mordaz e inteligente crítica sociopolítica: "Disparatario" (Departamento Editorial del Ministerio de Cultura 1957. San Salvador), de lectura amena y sugestiva; y, también "Tres Mujeres al Cuadrado" (Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. 1963. San Salvador), en él se muestra el autor como un consumado narrador humorista. La obra últimamente citada obtuvo el segundo premio, compartido, en la rama de cuento del Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, en el que participan escritores de Centro América y Panamá: un lauro que viene a sumarse a los conquistados en Quezaltenango. En Costa Rica, EDUCA, prepara la edición de la obra premiada en 1970, "Tiempo Irredimible". Los libros indicados, amén de otros inéditos y uno o dos en preparación, constituyen, hasta donde se me alcanza, la obra literaria de José María Méndez, quien a mi juicio hasta ahora no ha tomado muy en serio sus notables dotes de narrador, su original fantasía creadora, su chispeante ingenio ni su absoluto dominio del idioma. Pese a esto último, tenemos en El Salvador un gran cuentista cuya temática es universal.

* *
*

Mal que bien, he cumplido con la gustosa tarea de presentar al jurista, al escritor y al amigo. Supongo que, además, debo decir algo de esta obra cuya lectura despertó mi entusiasmo admirativo desde el primer momento; debo decir algo de ella, si bien mis menesteres intelectuales jamás se han inclinado a la crítica o al análisis literario y, por consiguiente soy lego en este útil y fecundo campo.

Sin duda alguna, los asombrosos progresos científicos y las realizaciones técnicas logrados a partir del momento en que, el día 2 de diciembre de 1942, los sabios Fermi, Zinn y Anderson hicieron funcionar el primer "reactor" o "pila" atómico y obtuvieron la primera "fisión" artificial del núcleo de un átomo, han causado tremenda impresión en el ánimo de los seres humanos que hemos llegado o sobrepasado la madurez vital. Quienes en la adolescencia leímos a Julio Verne y con el Capitán Nemo pasamos en el "Nautilus" del Atlántico al Pacífico bajo los hielos eternos del Artico y, en una cápsula espacial giramos en torno de la luna, ¿cómo no hemos de sentir que la realización y superación de tan increíbles hazañas han dejado en el alma de cada uno de nosotros profunda impronta indeleble? No me parece aventurado afirmar que los satélites tripulados, las sondas interplanetarias, los laboratorios espaciales y las exploraciones lunares por seres humanos o mediante vehículos teledirigidos, han causado en nuestro tiempo mayor conmoción en la conciencia humana que la producida en su época por la conquista de América, la circunnavegación del globo terráqueo por Magallanes y Elcano, la teoría de Copérnico y los descubrimientos de Galileo y Kepler.

Como consecuencia de semejante conmoción del espíritu humano, la insaciable fantasía del hombre ha emprendido la búsqueda de nuevos mundos que explorar en su provecho; ha surgido, así, lo que acostumbramos llamar literatura de ciencia-ficción. Los respectivos significados de los vocablos "ciencia" y "ficción" se excluyen entre sí: "ficción" es la acción o efecto de fingir, esto es, dar existencia ideal o imaginaria a lo que no la tiene; ciencia, por el contrario, es conocimiento cierto de las cosas tal como ellas son en la realidad. Es por esta razón que algunos escritores de habla castellana, para no usar una expresión que es contradictoria en sus términos, prefieren llamar "literatura de anticipación", al indicado género literario. A mi



juicio, también esta denominación es impropia, puesto que escritor alguno, por genial que sea, puede asegurar que lo imaginado por él es una anticipación de lo que sucederá en un tiempo futuro más o menos próximo. Yo comparto la opinión de que en la lengua de Castilla la denominación correcta del nuevo género literario es, "literatura de ficción científica".

La literatura de ficción científica, de la cual Julio Verne primero y después H. G. Wells fueron geniales anticipadores, tiene hoy muchísimos cultivadores, y un número continuamente creciente de lectores. Citaré algunos de los primeros comenzando por Wil Jenkins, que escribe con el seudónimo de Murray Dinster y a quien la prensa estadounidense llama "el decano de los escritores de ciencia-ficción"; le siguen Malcom Jamerson, Brian W. Aldiss, Paul Anderson, Robert Abernathey, Raymond E. Banks, André Morton, Frank M. Robinson, Ward Moore, Robert Moore Williams, Sasha Gilien, Nenna Henderson, José María Asoca y tantísimos otros.

Algunos de los cuentos contenidos en este volumen, tales como "Espejo del Tiempo", "La Rebelión de los Perros", "Un misterio para Don Honorio" y "El Mono Sabio", a primera vista parecen relatos de ficción científica, pero en realidad no lo son. Y no lo son, por tres razones que paso a enumerar:

a) Los cuentos de ficción científica se desarrollan, por regla general en ambientes, situaciones y circunstancias temporales que nada tienen que ver con la realidad cotidiana en que vivimos la mayoría de los mortales. En cambio, Chema Méndez no ha olvidado sus lecturas de Zola y de otros escritores realistas: se diría que la realidad se desliza en sus relatos a la chita callando, como quien no quiere la cosa. Y ahí está el gran secreto de esta narrativa nueva e insólita en el mundo de habla castellana, a semejanza del "continuo" tetradimensional espacio-tiempo einsteiniano, José María Méndez ha explorado, si no descubierto, el

"continuo" literario pentadimensional **locura-realidad-imaginación** y sus personajes salen y entran a él tranquilamente. ¿En dónde termina la descripción de la realidad, en dónde comienza la locura, en donde comienza lo que es mera fantasía de un personaje sumamente imaginativo? El autor no lo dice, es el lector quien tiene que contestar estas preguntas: de ahí el encanto de estos cuentos henchidos de sugerencias que retan a nuestra intuición creadora. Yo diría que Chema Méndez emplea en estos relatos una técnica narrativa muy depurada, la cual consiste principalmente aunque no de modo exclusivo, en evitar cuidadosamente demarcar en forma bien definida la frontera que separa lo que es descripción exacta de la realidad de lo que es libre vuelo de la fantasía. A veces no se puede distinguir entre lo que es creación arbitraria del autor y entre lo que es descripción de un hecho realmente posible y es por ello que, a pesar de la total diferencia de ambiente, trama, personajes, tiempo y lugar, encuentro cierta semejanza en la técnica narrativa usada por Chema Méndez con la que emplea Par Lagerkvist (Premio Nobel 1951) en algunas de sus mejores novelas, como "La Sibila", "Muerte de Ahasverus", "Peregrino en el mar" y "La Tierra Santa".

b) Los personajes creados por Chema Méndez tienen mayor hondura sicológica, humanidad más entrañable, que la mayoría de los protagonistas de los relatos de ficción científica, cuyos autores se preocupan más por describir el andamiaje técnico y la peripecia externa, que por mostrarnos las reacciones espirituales de los personajes, cuando éstos son realmente humanos. En los cuentos reunidos en este volumen sucede exactamente lo contrario, y,

c) Por último: rara vez los cuentos de ficción científica poseen suficiente humorismo y cuando lo tienen, es un humorismo forzado y poco ágil, al menos para mi gusto de profano



en esta materia. En cambio, en el volumen cuyo prólogo he escrito con tanto gusto puesto que es un positivo honor ver, una vez más, el nombre del Dr. José María Méndez unido al mío, campea a lo largo de todos sus relatos una "picardía" (en el sentido que le da nuestro pueblo) traviesa y risueña, que en ocasiones se torna suave ironía, al estilo de Anatole France y que sólo en contadas ocasiones, como en el caso del breve cuento titulado "Pobreza", se torna sarcasmo volteriano, fino y agudo.

San Salvador, enero de 1974.

**JULIO FAUSTO FERNANDEZ.**

## ESPEJO DEL TIEMPO

Era posiblemente el hombre más feliz de la tierra. El Gobierno Local le había concedido dos acres de terreno en usufructo vitalicio y una pensión progresiva. Tenía ahorrados diez mil bonos del First Via Lactea Bank. La Liga Interespecial lo había condecorado. Era miembro propietario del Consejo de los Quinientos y amigo íntimo del Jefe de la Galaxia.

Su casa estaba cubierta por una campana atmosférica de nítida transparencia que impedía el paso de cuerpos y ruidos extraños; en las paredes de la fachada se había usado el pórfido y en las interiores piedra mármol tipo serpentino, traído de Marte; las escaleras, de aire congelado, eran invisibles a simple vista y sólo aparecían tenues, verdes, amarillas o azuladas, cuando él encendía las luces. Tres robots, incluyendo un astronauta, estaban a su servicio.

Era dueño de un computador bibliográfico que él había contribuido a perfeccionar y que todavía no se construía en serie, una especie de teletipo con cinta magnetofónica y condensador de energía mental, que trasmitía al cerebro el texto de sus registros (setecientos cincuenta mil volúmenes) por medio de ondas telepáticas. Poseía un Modigliani, escaso ejemplar de la era preatómica. Cuando inventó las pistas de succión continua le permitieron conservar un ejemplar de cada una de las piedras preciosas que descubrió en los siete planetas principales

durante sus atrevidos viajes de exploración. Su mujer, Elena, se mantenía ardiente y sumisa, como en los primeros días nupciales.

Aunque tenía obligación legal de declarar sus inventos, guardaba, pese a los graves riesgos, tres en secreto: el espejo del tiempo, negro, cóncavo, imperfecto todavía porque reflejaba el pasado en imágenes fieles y sucesivas, pero aún no revelaba el futuro; el pulverizador protónico, capaz de desintegrar la materia por medio de la condensación de energía estelar en un cono de luz y de reducir un cuerpo humano, en segundos, a pequeñas partículas de arena que se disolvían en el aire; y el detector de pensamientos —disimulado en un anillo de amatista— que usaba únicamente en la cátedra, para determinar el grado de percepción de sus alumnos, y en la ciudad, mientras la cruzaba en las naves electrónicas, para conocer las ideas contradictorias de las multitudes. Jamás lo había utilizado deliberadamente contra persona determinada para conocer sus íntimos pensamientos.

Estaban en la terraza. Era el cumpleaños de Elena. El, para halagarla, había construido con sus proyectores iónicos en el lado izquierdo de la caja de vidrio que guardaba la terraza, una media luna que semejaba estar en el cielo y era exacto recuerdo de la real destruida desde la tierra en la tercera y última guerra atómica. El jardín daba luz suficiente al escenario con un fulgor nacarado que era el aroma mismo de las rosas.

Elena estaba recostada en un diván. Un vestido negro, con lentejuelas de azabache, acrecentaba su belleza. Sintió deseos de besarla. Cuando caminaba hacia ella se vio reflejado en los ventanales. Coronaban su cabeza los cuernos de la luna. No percibió el simbolismo sino el advertir que Elena miraba también su imagen de cuernos amarillos y se sonreía imperceptiblemente como si quisiera ocultar un sarcasmo ofensivo. Se detuvo. Volvió a verse de nuevo. Los paréntesis luminosos le salían de las sienes. Elena no lograba extinguir la mirada burlesca. Pasó revista a la historia de su matrimonio. Recordó las frecuentes ausencias



de ella, sus inmotivadas vacilaciones, sus injustos olvidos, aquellos gestos contradictorios que le revelaban acosada por recuerdos que desechaba de modo súbito y forzoso. Estaba siendo víctima de la pasión de los celos que los sociólogos habían declarado ya extinguida en el género humano. Debería sobreponerse. Abandonar la idea de iniciar un diálogo sutil de preguntas capciosas. Elena podía entender el juego y denunciarlo. Más peligroso aún sería formular acusaciones directas. En el siglo veintidós los celos revelaban un proceso atávico, degenerativo, constituían un índice sólido para internar al enfermo en las clínicas de aislamiento, y, cuando el caso era grave, en las de eliminación. Para no correr riesgos decidió usar el detector de pensamientos. Sin que su mujer se diera cuenta averiguaría la verdad. Dio una vuelta completa a la amatista del anillo. La mente de Elena quedó al descubierto. "Pobre diablo, ignora que le he puesto los cuernos". La verdad le produjo escalofríos. Aparecieron los síntomas precisos: personalidad disminuida, evidencia de fracaso, ansias vengativas, deseos de conocer el incidente en su totalidad, con los menores detalles. Dio vuelta de nuevo a la amatista del anillo. Leer los pensamientos actuales de ella no era suficiente. Quería saber con quién, desde cuándo, dónde, por qué. Utilizaría el espejo del tiempo. Después cumpliría sus posteriores designios.

Sobreponiéndose a la tartamudez que lo dominaba propuso a Elena conociera sus últimos inventos. Cuando ella entró al laboratorio la sujetó de los brazos y la colocó violentamente frente al espejo del tiempo. Apareció Elena después de diez imágenes sucesivas totalmente desnuda en los brazos de su amante. Era el vecino, el mismo que reparaba los cinturones voladores. Entonces sin poderse contener, enloquecido, disparó el pulverizador protónico contra ella. Después apuntó hacia las paredes, hacia el techo, en un intento de total destrucción que ya no pudo consumar porque perdió el sentido.

El diario de mayor circulación en la ciudad donde acaeció el suceso, lo relató en su real y exacta medida:

"Pedro Benavides, de cincuenta años de edad, doctor en Ciencias Físicas, profesor jubilado en la Universidad Central, se encerró en su casa de habitación el lunes recién pasado, echó llave por dentro, y en un acceso de furia destruyó muebles, floreros, lámparas. Después se escuchó un inquietante silencio que duró tres días. Al cabo de ese tiempo la policía, a pedimento de los vecinos, allanó el domicilio. Benavides se encontraba sobre el piso del dormitorio, desnudo, inconsciente, empuñando un soplete con la mano derecha. Cuando volvió en sí pronunciaba palabras incoherentes. En las diligencias instruidas por el Juez encargado del sumario, consta que el profesor Benavides perdió la razón el lunes trece, día del encierro, al advertir que su mujer de nombre Elena, se había fugado del hogar con Oliverio Ramos, obrero de veinte años que trabajaba como aprendiz en un cercano taller de reparación de bicicletas."



## LA REBELION DE LOS PERROS

Edelberto Ramírez, media hora después de haber salido de su casa, regresó sin sombrero, tembloroso de las carnes, torpe del habla, los ojos agrandados, los pelos de punta.

Cuando pudo dar órdenes a su lengua, pidió un trago de aguardiente a Marta, con profunda vehemencia, como si en ello le fuera la vida. Ella lo vio tan alterado que suprimió las inquisiciones y le sirvió medio vaso de los grandes.

Se lo tomó de un sorbo.

—Difícilmente vas a creerme, porque lo que está ocurriendo es de novela. Yo estoy casi destornillado, el susto por poco me liquida. Había caminado dos cuadras, estaba parado en la esquina esperando el bus, cuando veo al medio de la calle bajo la sombrilla de siempre, dirigiendo el tráfico, a un enorme perro policía. No hagas caras, era un perro. Con las patas delanteras se llevaba el silbato al hocico, hacía las señales. Eso no es todo. Los vehículos que cruzaban la vía eran conducidos por perros. Vi pasar el placa oficial trescientos veinte, el mercedes benz del ministerio de relaciones exteriores, lo manejaba un bulldog que llevaba kepis y una chaqueta gris de botones dorados. Atrás, vestidos elegantemente con trajes oscuros, iban dos dálmatas de ojos irónicos y sagaces. Los perros nos dominan. No sólo dirigen buses, automóviles, dirigen el comercio, la banca, el ejército, el gobierno. Han conquistado el poder. La era

canina ha comenzado. Pues sí, hablan. Tienen voz grave y son virilmente corteses. Despiertan simpatía, infunden respeto. Claro que yo también creí que estaba soñando. Me pellizqué. Puedes ver las huellas de los pellizcos. No, no ha sido un sueño ni estoy loco. Se trata de una transformación biológica impulsada por científicos estelares (venidos de las estrellas). Estos científicos, Marta, le dieron vuelta a la tortilla. Los perros son ahora los amos, nosotros seremos en el futuro los fieles amigos del perro. Sí, Marta, hice averiguaciones, me sobrepuse al miedo. Fui en bus a la oficina como siempre, como si no pasara nada. Subí, pagué los diez centavos al señor perro motorista, toqué el timbre, me bajé, crucé la calle, entré por la puerta principal. En vez de Pedro el portero, ya te lo habrás imaginado, estaba un perrazo negro de lunares blancos cuya marca desconozco. Buenos días, le dije: El me contestó lo mismo: buenos días. Entré al ascensor, marqué el número cinco y pasé a la oficina del jefe. En vez de don Robustiano estaba un pastor alemán de modales enérgicos y gran poder persuasivo. Este fue el que me lo explicó todo. Ahora —me dijo— nosotros dirigimos el destino de la tierra. Ustedes perdieron el timón porque llegaron a representar un peligro. Aparte de que se embrutecían día a día con los cigarrillos, el alcohol, las drogas, la prensa, el cine, la televisión, se volvían cada vez más codiciosos y crueles. El afán de perfeccionar el arte de la guerra los puso a punto de volar el planeta. Torcieron el destino de la ciencia, de la cultura. Cuando se tuvieron señales inequívocas de que habían llegado a la luna y podían conquistar el espacio celeste, hubo una conmoción en la liga de las galaxias. No se podía tolerar que llevaran sus costumbres guerreras y estúpidas a otros planetas. Se decidió detenerlos. Hace cinco años, seres que para sus ojos biológicamente rudimentarias son invisibles bajaron y se entendieron con nosotros. Durante ese período nos enseñaron historia, lógica, matemáticas, biología, cibernética, todo. Somos



los amos. E inútil será que intenten rebelarse. Las armas que poseían, revólveres, ametralladoras, cañones, bombas atómicas, son ineficaces. No disparan, no estallan. El gas sártico con el que ha sido rociada la tierra los ha vuelto a ustedes inermes. Pero no sufran temor. No serán nuestros esclavos. Queremos reeducarlos. En esta tarea —en ustedes es fuerte el recuerdo del período bestial y la carga de los instintos— necesariamente consumiremos por lo menos un siglo. Así que tendrán que esperar. Y obedecer. Por de pronto se les prohíbe salir de sus hogares en los próximos ocho días. Durante ese lapso haremos el censo y les impartiremos instrucciones que les permitirán adaptarse a los nuevos sucesos. Los rebeldes, los díscolos, los inadaptados serán conducidos a los centros de programación. Espero que colabore y haga que otros colaboren, fueron sus últimas palabras.

—Pobre Edelberto —dijo ella—. Las horas extras de trabajo, los desvelos de los sábados jugando póker, te han hecho perder el juicio.

Y sin dar lugar a réplica tomó el teléfono, marcó el número del hospital siquiátrico y pidió recogieran a su marido que se había vuelto loco.

Diez minutos después sonó una sirena, se detuvo frente a la casa una ambulancia, bajaron vestidos con uniforme blanco dos perrazos negros, tomaron a Marta suavemente de las manos, le dieron unos toques en la espalda con los que le provocaron un estado de letargia, la levantaron en vilo, la metieron en la ambulancia y la condujeron a un centro de programación.

## UN MISTERIO PARA DON HONORIO

**A Silvia de López Vallecillos.**

"Respetado y querido Don Honorio:

Las palabras con las cuales encabezo esta carta no son rituales ni están impuestas por los convencionalismos. Nacen del corazón, expresan sentimientos auténticos. Usted, sin embargo, no va a creerme. Al final de esta carta me habrá condenado con el juicio de sinvergüenza o algo peor. Antes de haber terminado de leerla habrá, de seguro, formulado ese juicio. Pero yo rechazo cualquier imputación, cualquier sospecha. Afirmo enfáticamente que soy hombre honrado y le estoy diciendo verdad. Cuando tuve el gusto de conocer a su Excelencia, el catorce de julio en la Embajada de Francia, me atrajo su gallarda figura, su mirada imperiosa, tal vez altanera, que a muchos desconcierta. Admiré sus juicios originales, certeros (es ridículo decir que son subrepticiamente subversivos) y esa nobleza de espíritu que le ha otorgado extendida fama. Sufrí fascinación y por eso cuando fuimos presentados me vio aturdido, con aire de tonto. Esa misma noche tuvo usted la gentileza de invitarme a su casa. Al día siguiente hice la visita. Quedé deslumbrado. Al entrar se lo dije: "Usted y su casa coinciden. Es la casa más inteligente y afectuosa que he visto". Ahora que la he conocido mejor, creo que el secreto está en la multitud de jardines diversos que la entrecruzan, separan e integran sus diversas secciones. Claro que la

caprichosa distribución, tanto de los patios como de las habitaciones, obedece a un orden preconcebido. Pero esto no lo advierte cualquiera. Yo tenía especial sensibilidad para advertirlo, porque como deberá recordar por confesión que le hice, soy un poeta, un legítimo poeta, aun cuando jamás haya escrito versos. Su casa es, era, sencillamente maravillosa. Alcobas sabiamente decoradas para convocar el sueño; salas con vigas de sándalo y arriates poblados de rosales para oír música de Chopin o adornados con panoplias y armaduras antiguas para oír música de Wagner; rincones japoneses con biombos y sedas, bibliotecas que se suceden entre bosquecillos que atraviesan artificiales riachuelos. Al expresarle mi entusiasmo después de un breve recorrido, le dije que daría varios años de mi vida por vivir unos pocos días en aquel lugar, los necesarios para poder apreciar la colección de magníficos cuadros, jarrones, porcelanas y tapices, leer en cada una de las salas de lectura, admirar todas las plantas, flores y pájaros allí reunidos. Entonces vino lo inesperado. Me dijo usted que tenía la casa a la orden y que al decirme tal cosa formulaba una invitación precisa. Refirió que por coincidencia saldría de vacaciones acompañado de su esposa e hijos. "Puede —me dijo— vivir aquí durante tres meses, el tiempo que durará mi viaje".

Lo fantástico se realizó. Partió usted para Suiza y yo me convertí en el habitante de aquellos aposentos que sacian la voluptuosidad más refinada. Me dejó advertido que no había criados, que todo funcionaba automáticamente, puso en mi poder el plano y los pliegos de instrucciones. Antes de su partida podía orientarme en el vasto recinto y conocía el uso de todos los botones, desde los que abren las puertas hasta los que hacen subir de las bodegas botellas de vino proveniente de cosechas que se suponen extinguidas.

Y aquí viene ahora lo duro de referir. Los primeros quince días transcurrieron normales; si cabe dentro de la normalidad



que un hombre fascinado viva en una región mágica colmando sus deseos con el simple esfuerzo de apretar botones. Pero un día... fue el primero de junio, ocurrió algo extraordinario. Cuando pasé a la sala de lectura francesa con la idea de hojear una edición príncipe de Flaubert, encontré la sala desmantelada. No había anaqueles, ni libros, ni mesas, ni sillones. A las paredes mismas les habían sido arrancados los tapices, los mármoles. Mostraban el esqueleto de sus ladrillos. Yo me dije: ¡Santo Dios, he sido víctima, don Honorio ha sido víctima de los ladrones! Angustiado, me sentí culpable, pensé en la responsabilidad que a sus ojos podría caberme. Dos días después desapareció la sala de lectura española. Luego la sala de cine, el gimnasio, siempre a intervalos de dos días y con el mismo sistema de dejar desnudas las paredes. No podían ser ladrones. No podían ser ladrones porque yo vigilaba y no les veía entrar ni salir. Durante la noche ejercía especial vigilancia. Me colocaba frente a la puerta de uno de los salones. Allí permanecía de centinela. No escuchaba ruido alguno. Al amanecer abría la puerta y comprobaba que todo se había evaporado. Llegué a creer que usted mismo había dispuesto así las cosas, mediante artefactos automáticos, para jugarme una broma. Pero averigüé que la hipótesis era falsa cuando descubrí a los malhechores. Desde el primer momento adiviné que eran seres interplanetarios, marcianos de seguro. Estaba en una ventana vigilando el jardín de las fuentes de mármol de colores, cuando vi descender sobre el césped el platillo volador. Tenía forma de hongo, era de color amarillo verdoso, un bellísimo color por cierto, que jamás he visto antes, ni siquiera en pinturas. Salieron del vehículo espacial tres individuos provistos de unos aparatos que puedo llamar aspiradores. Los individuos eran como de vidrio o humo, transparentes, parecían pájaros erguidos. Apuntaron con los aspiradores a las fuentes, las fuentes se empequeñecieron y yo las vi pasar, empequeñecidas, a través de las mangas de los aspiradores, hasta

el platillo volador. No hice nada ¿Pero qué podía hacer? Estaba entontecido por el asombro y atemorizado por los juicios adversos que usted formularía contra mí cuando le relatara la verdad inconcebible. La inconcebible verdad que ahora le voy a relatar totalmente. Sépalo de una vez; en su casa no hay un cuadro, un tapiz, una alfombra, un jarrón, un solo mueble; su casa ha sido saqueada por los marcianos. Yo insisto en que son marcianos. Anoche, al verlos llegar, intenté capturarlos. Entré en el platillo y destruí lo que calculé era el tablero de control de mandos. Rompí unos alambres, corté unos cables. Hice todos los estragos que consideré suficientes. Entonces corrí a su automóvil. Pensaba llegar a la jefatura de policía, presentar la denuncia, regresar con un contingente de oficiales armados. Creía que ellos no podían huir ya que les había inmovilizado su vehículo; pero cuando me aprestaba a encender el motor, salieron de la casa. Con unas largas agujas que de fijo eran armas que despedían rayos, apuntaron hacia el automóvil que se fue desintegrando, desapareciendo por los guardafangos, el motor, la capota, etc. Me quedó sólo el timón en las manos. Uno de ellos burlón, me apuntó con una de las agujas y mis vestidos se hicieron humo. Quedé desnudo, desnudo y con la lengua hecha un lazo dentro de la boca. Luego con otras agujas apuntaron hacia el platillo y pude ver cómo todo lo que yo había destruido recobraba su estructura. Entonces lo abordaron y se perdieron a través de las nubes en vuelo vertical.

¿Qué creerá usted de mí, querido don Honorio? ¿Que le he robado sus tesoros? Adivino su respuesta. Presiento sus ojos iracundos. Jamás podré enfrentar su mirada. Por eso he decidido irme lejos, lejos, donde jamás pueda encontrarme. Con esta carta y el paquete adjunto, le envío las llaves de su carro, lo único que resta de cuanto poseía usted en muebles. Le ruego encarecidamente ordene sean analizados en un laboratorio de alta calidad cientiica. Estoy seguro que



encontrarán huellas de ácidos, rayos, qué sé yo, desconocidos en nuestro planeta. Esto le revelará que fueron los marcianos los malhechores y que yo no soy un ladrón, un sinvergüenza.

Apenado hasta el fondo del corazón lo saluda su fiel amigo.

**Gervasio".**

## EL HOMBRE QUE VIO LAS ESTRELLAS

Pedro Palomeque había vivido siempre a compás con la ley, pero de pronto decidió no bañarse, no cambiarse ropa. Despidiendo tufaradas se paseaba por calles y parques, se metía en los buses, en los almacenes, en los cines, en las oficinas públicas, en las iglesias.

Antes, hasta el siglo XX, según libros y periódicos antiguos, era común ver por las calles de todas las ciudades seres humanos descalzos, sin camisa, sucios, escuálidos. Como ustedes saben no fue sino a principios del siglo XXII cuando se erradicaron la pobreza, los vicios y la vagancia. Para nuestra actual organización jurídica, una conducta como la de Palomeque tiene carácter antisocial, amerita reclusión. Consecuentemente Palomeque fue aprehendido y se le sometió a un proceso de rehabilitación. El objeto de esta crónica va más allá de la intención de llevar a conocimiento del público un suceso tan extraordinario (hace doscientos cincuenta años que no se inicia juicio por tal motivo). Aun cuando el infractor ya está sano y normal (bastaron quince días de descanso en una playa y dos aplicaciones del casco electrónico) lo que ha declarado provoca inquietud y ha dado lugar a trabajosas investigaciones por parte de los integrantes del Consejo de Rehabilitación. ¿Cuáles fueron los orígenes de su experiencia? ¿Por qué Palomeque describe lugares de remota existencia como si los hubiera visto, porque enumera bebidas alcohólicas de las que

sólo eruditos guardan memoria? ¿Por qué relata, como fabulosos, hechos que ahora son de común conocimiento y cuya aplicación científica se adquiere en los primeros años del Instituto? ¿Por qué revive falsas concepciones del pudor? Ya se sabe, de modo definitivo, que no cometió la grave infracción de hacer un viaje a través del tiempo. Las únicas máquinas que todavía existen para esos peligrosos viajes, están sujetas a un control estricto que las vuelve inaccesibles. ¿Será que uno de sus antepasados hizo el viaje y estamos en presencia de un caso grave de sueño ajeno revivido?

Conozcan ustedes lo que dijo Palomeque en su declaración indagatoria y cuya veracidad fue comprobada por el detector de mentiras:

"Todo empezó el seis de enero, día de los reyes magos(1). A las cinco de la tarde, después de cruzar la plaza Pompidou, entró en el bar La Lechuza. Después de haber tomado tres copas de gin con campari, sin estar aún borracho, porque a mí tres copas no me hacen efecto, se apareció el barbudo. A cualquiera le habría parecido un ser extraordinario(2). Tenía el pelo hirsuto y rojo, la barba gris y ensortijada, un solo hoyo en la nariz, un ojo verde y el otro rosado, tres dedos en la única mano que le salía del hombro izquierdo. Cualquiera habría padecido miedo por la sorpresa. Pero yo no soy cualquiera y estoy acostumbrado a las sorpresas. A darlas y a que me las den(3). El hombre, de qué otra manera podría llamarle si fuera de las peculiaridades anotadas tenía figura humana, estaba triste. Por eso lo invité a mi mesa, lo convidé a beber. ¿Qué cosa?, indagó, whiskey, ginebra, vodka, beber en serio(4). Pedí una botella de whiskey. La bebimos. Pedí una

(1) ¿Quiénes fueron esos reyes?
(2) Dada la variada morfología de los seres extraterrestres la referencia al asombro es pueril.
(3) Esta ostentación del valor fue conocida como "machismo".
(4) Estas bebidas efectivamente existieron.



de ginebra. También la bebimos. Entre trago y trago el hombre conversó con gracia y sabiduría sobre la renuncia del Papa(1) y las posibilidades de una guerra atómica. Al dar el reloj las nueve me dijo que tenía que volver a la nave, continuar su viaje. Es usted un terrestre sumamente amable y en prueba de mi agradecimiento le regalaré estos anteojos para que pueda ver las estrellas. Se fue. Continué en el bar consumiendo una última botella de cogñac. Cuando llegué a casa estaba ebrio. Prueba de ello: tenía puestos nada más los anteojos que me había regalado el barbudo. En vez de dirigirme al dormitorio, fui al patio, atraído por la noche fresca y luminosa. Alcé la cabeza para admirar el cielo y vi las estrellas. Dicho concretamente, vi una estrella. Pese a conocer ampliamente el firmamento no pude identificarla de inmediato, pero tras breve análisis del espacio celeste supe que era Orión. Veía el astro en el amplio sentido del vocablo. El barbudo había dicho verdad, podía ver las estrellas. Orión estaba frente a mí. Al principio creí distinguir lagos verdes en cuyas aguas temblaban peces dorados, después descubrí que no eran lagos sino ciudades de mármol asentadas en la superficie del astro, cubiertas de neblina. La atmósfera toda del astro era neblinosa. Fuera del círculo de las ciudades, en las alturas libres de la bruma amarillenta, suspendidas en el aire, aparecieron unas terrazas colgantes. Eran numerosas, amplísimas. Sin duda las utilizaban los oriones para contemplar la bóveda estelar(2). En una de ellas aparecieron tres ninfas portando un cartelón que en grandes letras rojas decía: Te estamos viendo desnudo terrestre vulgar y desvergonzado. Como sabía que el suceso no era fantástico (tenía los anteojos puestos) corrí al dormitorio y me vestí rápidamente. Cuando volví al jardín el cartelón había desaparecido y las ninfas se inclinaban

(1) Ciertamente hubo Papas y el último renunció en el año 2001.
(2) La descripción corresponde a Centauro II.

graciosamente. Los que tienen la mente restringida por los axiomas derivados de las leyes naturales, leyes que suponen inmutables, dirán que es imposible, aun reconociendo la virtud de los anteojos, que las ninfas me vieran desnudo y se suscitara después el diálogo que se inició con la prevención, fue seguido de mi respetuoso acatamiento y concluyó con las graciosas inclinaciones. Dirán que dada la distancia que separa a Orión de nuestro planeta y siendo que la luz es un fluido de los cuerpos y recorre trescientos mil kilómetros por segundo, los sucesos que aquí ocurren no pueden ser vistos en Orión, aun con potentes anteojos, sino doscientos años después de que han ocurrido, y que a la inversa, los sucesos que en Orión acaecen no pueden ser vistos aquí sino doscientos años después de acaecidos(1). Se apoyarán en la lógica que acata Italo Calvino en "Los Años Luz" y recurrirán para agrandar el problema a la constante de Hubble que cita el mismo Calvino. Terminarán diciendo que los anteojos no alteran las distancias entre los cuerpos, que los agrandan, no los acercan, y que la luz corre siempre, se usen o no se usen lentes, a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. Los sentidos otorgan mayor certeza que la lógica y no es esta la ciencia que rige los fenómenos naturales. Desgraciadamente no puedo, para que rectifiquen absurdos criterios, permitir a mis jueces el uso de los anteojos que me regaló el barbudo. Cuando las ninfas se inclinaron yo también me incliné y los anteojos cayeron al suelo y se quebraron. Pero puedo justificar mi conducta. Desde aquella noche, al verme observado por las ninfas, me nació un complejo de pudor tan hondo que no me permite volver a desnudarme".

(1) Ahora los centros telescópicos proporcionan visiones amplísimas e inmediatas.



## NOTICIAS DE PRIMERA PLANA

Puse sobre su escritorio las cuartillas que acababa de redactar y le pedí las leyera de inmediato. El jefe de redacción las dejó a un lado con desgano, dentro de la cesta de los papeles que guardaba los asuntos pendientes, y continuó escribiendo.

—Hemos tenido una mañana prodigiosa —protesté—. El teletipo ha transmitido cuatro noticias extraordinarias, dignas todas de figurar en primera plana. Son joyas del acontecer, parecen inventadas. Por favor escúcheme.

Con gesto ofensivamente incrédulo me autorizó a continuar:

—Anoche en el Madison Square Garden de New York un atleta finlandés, el campeón mundial de salto con garrocha, pidió a la hora de su turno alzaran el obstáculo cincuenta centímetros arriba de la marca mundial. Arrancó, empezó a correr, se apoyó en la pértiga, inició la ascensión y en vez de saltar se esfumó por los aires perdiéndose en la noche, rumbo al cielo, ante los ojos asombrados de veinticinco mil espectadores.

—En el Mar Rojo las aguas hirvieron durante veinticuatro horas consecutivas. Ahora tienen sabor y aroma de auténtico vino tinto.

—En Pakistán un monje budista cumplió ya tres días de estar sumido dentro de las aguas de un pozo. Cada seis horas se alza

por propio impulso hasta el broquel y colgado del aire pronuncia sus oraciones.

—El Papa ha expedido una Bula por la cual prohíbe a los sacerdotes el cine, los cigarrillos y el whiskey. Les ordena además beban hiel y vinagre en vez de vino durante la ceremonia de la misa.

Yo esperaba que aquellas noticias fueran como un choque eléctrico que hiciera saltar de entusiasmo al jefe de redacción. Supuse que correría hacia mí enardecido por el júbilo, me daría palmadas en los hombros y ordenaría una edición extraordinaria.

Pero nada de eso ocurrió. El jefe se levantó serenamente de su silla, caminó hacia el ventanal y me dijo:

—Agrega a tus noticias esta otra.

Dicho esto se lanzó de cabeza hacia la calle por la ventana mayor del quinto piso.



## MALA SUERTE

Diez años atrás tenía buenos trajes, usaba bastón y leontina. Pero descendió tanto que confundía la época lejana con un sueño. Ahora iba cubierto de harapos, descalzo, barbado y roñoso.

Estaba además absolutamente desamparado. Sin familia. Sin amigos. Para remate los habitantes de la ciudad donde vivía eran de corazón duro. Cuando recorría las calles solicitando por amor de Dios una limosnita lo hacían a un lado dándole empellones. Cuando pedía en las casas un pan o un poco de comida, le daban materialmente con las puertas en las narices.

Llevaba cuatro días sin comer y empezaba a sentir mareos y alucinaciones. Entonces recordó que en el Instituto de Ciencias Biológicas compraban cadáveres. Decidió vender el suyo. Entró al recinto del Instituto, soportó la mirada inquisidora del Inspector, y después de un ligero regateo, de firmar unos complicados formularios, recibió doscientos pesos como precio de su futuro cadáver. ¡Doscientos pesos! ¡Un fortunón! Podría vivir con cierta holgura durante seis meses. Estaba tan contento que al salir a la calle empezó a dar saltos al compás de un viejo vals que se le vino a la memoria.

Al llegar a la esquina —padecía una vieja lesión cardíaca— cayó muerto en la acera.

## AJEDREZ

Le apasionaba el ajedrez y llevaba siempre consigo un pequeño juego de bolsillo. Aquella vez, en el tren, recién iniciada la conversación con el compañero de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo, propuso jugar una partida.

—Conozco muy poco, casi nada del juego ciencia —respondió el invitado.

—No importa. Estoy lejos de ser un maestro, soy un simple aficionado.

Insistió con tanta porfía que logró convencer al renuente viajero. Al iniciarse la contienda, como su contrincante jugara en forma inusitada, estrafalaria, perdió la serenidad, cayó en error, y al cuarto movimiento dejó un caballo a merced de las piezas enemigas. Su adversario, tal vez distraído, iba a pasar por alto la jugada que le favorecía, pero él, cortésmente, le llamó la atención:

—Le conviene comer el caballo —le dijo señalándole la pieza indefensa—. Por estos lares no decimos tomar la pieza sino comerla. Ande. Cómasela.

—¿El caballo? ¿Esa pieza es un caballo? ¿Quiere usted que yo me la coma?

—Sí. Le favorece. No quiero ventajas.

—Si usted lo pide tan fervientemente. . . —dijo con voz sumisa.

Tomó la pieza que se le señalaba y la engulló de un bocado. Al segundo se levantó presuroso, aprovechó el paso lento del tren que se acercaba a una estación, saltó a tierra y se alejó en ligero trote, relinchando, por una vereda que de seguro conducía a un potrero cercano.



## EL VENTRILOCUO

Le gustaba divertirse a costa de ingenuas personas haciéndoles creer que hablaba con animales. Esta vez se encontraba de pie en una esquina. A la par suya estaba echado un gato negro, de grandes ojos amarillos. Una mujer joven, nerviosa, evidentemente atribulada, se detuvo frente a él y le preguntó:

—¿Puede informarme dónde queda la Iglesia del Perpetuo Socorro? Necesito confesarme con urgencia.

El, por señas, le dio a entender que era mudo y sordo. A continuación, con una voz chillona que salía del lugar donde estaba el gato, logró crear las apariencias de que éste contestaba.

—Si usted quisiera seguirme yo la llevaría hasta el Perpetuo —pareció decir el michino—. Mientras tanto podría contarme cuál pena le atormenta o qué pecado ha cometido. ¿Se trata acaso de un crimen?

La muchacha, sin amilanarse, le contestó de inmediato:

—De un crimen precisamente. Vamos, iré contigo.

El felino empezó a caminar y la joven se fue tras él. Ambos iban conversando. El ventrílocuo, sin embargo, había dejado de ejercer su ventriloquía. Dándose cuenta de que el animal hablaba de verdad, quiso detener a la joven y decirle algo así como: "Ese gato es el diablo" o "Ese gato está embrujado". Pero no pudo articular palabra ni emitir sonido alguno. Se había quedado mudo, definitivamente mudo.

## EL MONO SABIO

El profesor Alfred Spiegel, después de diez noches de desvelo, se derrumbó sobre una silla cercana a la jaula del mono y fue abatido por el sueño. Era la oportunidad que el simio había estado esperando. Alargó una de sus peludas manos a través de los barrotes y se apoderó del llavero del profesor. Quitó llave a la puerta de la jaula. El profesor soñaba que un pájaro gigantesco lo hacía volar sobre una selva de la era cuaternaria que no podía descifrar.

El mono abrió el estante donde el profesor guardaba los líquidos glandulares, mezcló varios dentro de un tubo de ensayo, traspasó la mezcla a una probeta, hizo hervir el contenido y luego lo sometió a la radiación de los isótopos. Consultó durante cinco minutos el reloj de pulsera del profesor. Al cabo de ese tiempo dio por terminado el experimento. Lo repitió en igual forma con otros líquidos glandulares y puso el líquido verdoso, que resultó del primero, en un vaso, y en otro, el líquido rojizo que resultó del segundo. Le abrió la boca al profesor y le hizo tragar el líquido de color verde. El se bebió el de color rojo. Luego introdujo al profesor en la jaula y se sentó, en busca de sueño, en la silla de aquél.

Al día siguiente nadie notó la superchería y todos siguieron creyendo que el profesor Spiegel era realmente el profesor Spiegel y que el mono seguía siendo el mono.

## ANECDOTA

Aristides Rocabruma, el famoso pluma de fuego, me reveló que había roto las cuartillas de sus "Memorias" en las cuales revelaba que cuando cayó el tirano Banderas, de quien él pudo decir, a lo Juan Montalvo, mi pluma lo mató, una junta de notables que representaba las fuerzas principales de la nación, obreros, maestros, estudiantes, campesinos, le habían ofrecido la presidencia de la República y que él la había rechazado por una razón que entonces mantuvo oculta y quería permaneciera así para la posteridad: la certeza de que si gobernaba se convertiría en tirano.

## FANTASMAS

Comprar un castillo medioeval en cien mil libras esterlinas con la idea de pasar los últimos años gozando de paz y soledad y no poder dormir tan solo una hora continua por los ruidos exasperantes de cadenas que se arrastran, puertas que chocan unas con otras golpeadas por la mano violenta de un viento que no existe, recibir la sorpresa de fantasmas ensabanados que en cuanto el reloj da las doce brotan de los muros de piedra remedando graznidos de cuervos, es verdaderamente irritante.

Allí me tienen ustedes consultando primero a los más renombrados doctores en parasicología, después a espiritistas con credenciales de científicos, por último a brujos de la más baja ralea, todo sin ningún resultado. Los fantasmas continuaban dándome la guerra. Tuve que recurrir a mis propias fuerzas. Estudié libros antiguos y modernos sobre demonios, vida de ultratumba, magia negra, magia blanca. En el libro de Averroes "Fantasmagoría" encontré el más completo compendio sobre las costumbres de los fantasmas. Después de dos años de estudios y experimentos he logrado éxito. Ordené se abrieran las tumbas de todos los cementerios cercanos y se despojaran los cadáveres de ropas y sudarios. Hice además que quemaran todas las sábanas que había en el interior del castillo. No me han vuelto a salir los fantasmas. Ellos nunca se presentan desnudos y si cambiaran sus costumbres yo me divertiría viéndolos, sobre todo tomando en cuenta

que al abrir las tumbas de los cementerios se encontraron cadáveres de mujeres ataviadas con ropas juveniles que de seguro pertenecieron a hermosas doncellas.



## EL CRIMEN

Días antes de concurrir a la horca no puedo lograr, por más cavilaciones que hago, una explicación a lo sucedido. Estaba en mi apartamento del quinto piso gozando de mi diversión nocturna. Tomo los binoculares y me pongo a buscar, como siempre, una mujer que se desnuda o una pareja joven enardecida por el amor. Esta vez la pesca no es productiva. En vez de escenas reconfortantes se presenta ante mis ojos una estampa macabra. Un hombre armado de puñal asesina a su esposa, luego con toallas mojadas limpia las baldosas enrojecidas e introduce cadáver y toallas en un baúl. Corro de inmediato al teléfono. Llamo a la policía. Al cuarto de hora se presenta un inspector vestido de civil y un agente uniformado. Les relato el suceso. Describo al criminal, pequeño, como de mi estatura, moreno, medio calvo como yo; pero sin bigote. Les señalo el apartamento que está casi al frente de mi ventana. Usen mis binoculares propongo. El inspector rechaza la propuesta y con voz dura subraya el hecho de que las cortinas de mi ventana no están descorridas. Luego me pide permiso para pasar al dormitorio. Sin esperar a que yo conteste, abre con brusquedad la puerta, y entra, acompañado del agente. Luego de dar un vistazo al cuarto, se dirige sin vacilaciones al gran baúl de cuero donde se guarda la ropa blanca. Lo abre y saca el cadáver de Emilia.

## RECETA PARA NO MORIR

El alma es un fluido que corre por todo el cuerpo y mantiene activas las células, despiertos los nervios, compactos los tejidos, móviles venas y músculos. Cuando empieza el proceso mortal se concentra, convirtiéndose en una voluta de niebla, casi invisible, en el centro del estómago. De allí pasa a la boca por donde se escapa. Cuando esto ocurre todo está consumado. Antes hace tres estaciones, una en el área del corazón, al que no logra paralizar de inmediato, otra en la garganta (se produce el estertor o ronquido de la muerte) y otra en la región bucal (empieza a caer el maxilar inferior). Todo el secreto está en no dejar que el alma se escape. Debes tener instruidos a tu mujer, a tus hijos, a los que están o pueden estar cerca de ti, para que al aparecer los signos referidos te cierren de inmediato la boca y después la venden cuidadosamente de modo que por ella no salga el menor aliento.

Una vez aprisionada el alma se procede a obligarla a reincorporarse al cuerpo. Este es el procedimiento. Si no estás confesado deberán frotarte de los pies a la coronilla con polvo de azufre. El alma de los que mueren sin confesión, por estar en pecado mortal, vuela hasta el infierno, cuyo olor típico es el azufre. Así se produce el engaño. El alma creyendo tomar el camino del infierno retorna al cuerpo. Si estás confesado deberán frotarte con pétalos de rosas. El objeto es simular la brisa aromo-

sa del cielo. En cuanto empiecen a ver movimientos en las aletas de tu nariz te quitarán la venda para que respires libremente. Estás ya a salvo de la muerte.



## CABALLITO DE MAR

Un cazador de notable experiencia y habilidad logró capturar un caballito de mar que correteaba por la playa a la hora del atardecer, distraído, juguetón y confiado.

Lo encerró en un establo y le quitó poco a poco la costumbre de vivir en el agua, dándole a comer manojillos de hierba y terroncitos de azúcar en la palma de la mano. El animal fue creciendo a la par que sufría notable metamorfosis. En las patas blandas le nacieron pezuñas, le brotó crin en el lomo, el apéndice carnoso de la parte trasera se convirtió en cola, los ojos le quedaron a flor de cabeza, tuvo orejas en forma de cornetas, narices anchas y abiertas, dientes en número de cuarenta. Luego fue domesticado. Se acostumbró a la montura y al freno. Aprendió a correr al trote, al galope, a hacer cabriolas parado sobre las patas traseras. Un día, con un salto imprevisto, lanzó al suelo al jinete y se soltó a correr por su cuenta. Lo dejaron dar dos vueltas a la pista. A la tercera le tomaron el tiempo. Se quedaron pasmados. Estaban viendo correr a un campeón que podría romper todas las marcas de los equinos famosos. El amo lo entrenó bajo el más cuidadoso secreto y al cabo de seis meses lo llevó a los hipódromos. Fue la sensación del año y dijeron que era el caballo del siglo. Ganó en Santa Mónica, en Santa Anita. Ganó el Derby de Kentucky. La triple corona. Acumuló en premios cientos de miles de dólares convirtiendo a su dueño en millonario.

Pero un día vino la tragedia. Cuando Simbad (así lo bautizaron) trotaba libremente en las cercanías de un río, aligeró el paso, relinchó de un modo raro y de una zambullida se metió en la corriente cristalina. Luego se fue empequeñeciendo, recobró su original figura y nadó a favor de la corriente hasta llegar al mar, su recinto primitivo.



## EL PRIMER ATEO

El primer ateo de quien se tiene noticia, es de Wang Chung, que vivió en la primera dinastía de los Ming. Dijo en público que su mente científica le impedía creer que en el jardín del palacio del emperador creciera hierba de color rosado y escarlata. Que tampoco creía que en ese jardín se levantaba un árbol cuyos frutos eran canarios azules. Y menos que detrás del emperador volaba un cuervo blanco, invisible, vigilante, que le servía de escudo y lo salvaba de agresiones por la espalda.

Para probarlo, dijo, yo lanzaré una piedra contra el emperador y verán cómo le cae en las costillas y se dobla quejándose como cualquier mortal.

La herejía se propaló y llegó a oídos del Primer Ministro. Wang Chung fue sometido a juicio. Le arrancaron las uñas con alambres, lo sentaron en carbones al rojo y terminó confesando su delito. Cierto, no creía en las hierbas de colores, ni en los pájaros frutales, ni en el cuervo vigía y escudero. Cuando era conducido a la hoguera tuvo valor de manifestar por segunda vez su incredulidad.

## DE LA MUERTE

En el Tibet, según cuenta Lobsan Rampa, se mantiene despiertos a los que están a punto de morir. El propósito es que reciban la muerte conscientemente, que la vean venir en los minutos últimos y en el preciso instante, para poder escoger el camino que habrá de seguir el alma en los territorios fronterizos a la vida hasta llegar al otro mundo.

Tal costumbre es rechazada en la civilización occidental, excepto en el caso de los condenados a la pena capital, a quienes se impide dormir después de la sentencia, se obliga a llevar cuenta de los minutos que transcurren, y a esperar, conscientes, hasta el último segundo, el momento preciso de su muerte.

## AÑO BISIESTO

En una región del Africa el año bisiesto es símbolo de mala suerte. Se da por cierto que los nacidos el veintinueve de febrero irremisiblemente terminan sordos, ciegos o locos. Debido al reconocimiento de tal fatalidad, los nativos, devotamente, recogen a todos los que vienen al mundo ese aciago día y los llevan al templo. Allí frente a los altares chocan las cabezas de los recién nacidos contra las baldosas del piso. Y el destino se cumple. Los niños que se salvan mueren sordos, ciegos o locos.

## POBREZA

Se alimentaban diariamente con pan, sal y agua. Comían carne una vez por año. Cada vez que la mujer paría.

## EL FINAL

Entró en busca de sosiego queriendo olvidar los números que le rebotaban en la cabeza, los de los precios, los de las estadísticas, los de los teléfonos de los clientes. Se sentó en un cómodo sillón, puso los pies sobre una banqueta colocada enfrente, se estiró al máximo y cerró los ojos. Quiso tararear la música de la película que había visto la noche anterior, pero no pudo. Aun cuando conservaba la melodía en la mente, sentía los labios apretados como si le hubieran untado alumbre. No le dio importancia al incidente. Trató después de reconstruir el argumento. Tampoco pudo. Sentía pesantez en la cabeza, tal vez por la temperatura que había subido a un extremo intolerable. Al abrir los ojos se vio envuelto en nubes de humo que brotaban del techo, de las paredes. Sintió miedo. Escuchó silbidos que parecían provenir de trenes lejanos. Bruscamente le brotó una punzada en el hombro que le corrió por el brazo izquierdo. Su cuerpo, bañado de sudor, temblaba. El aire no lograba entrar a plenitud a sus pulmones. La sofocación lo llevó al borde del vómito. Minutos más y llegaría la asfixia. Entonces comprendió que su destino estaba cumplido, que no podía más, que había llegado al final... y salió presuroso de la cámara de baño turco a respirar al aire fresco y puro.

## PUTOSIS

Una madre ignorante del siglo XII llevó ante el médico a su hija, dueña de gran vitalidad y precoz inteligencia. Esas condiciones extraordinarias le infundían temor, oscuros presentimientos.

El galeno, tras un examen que consistió en contemplar largo rato, casi arrobado, el rostro maravilloso de la niña, sus ojos hondos, color violeta, después de un breve interrogatorio que le reveló una mente regida por los signos de la claridad y la precisión, emitió su diagnóstico. Es muy bella, demasiado vivaz. Tiene síntomas de putosis. Habrá que purgarla diariamente, sangrarla cada quince días para reducirle los ímpetus. Antes de las redondeces, antes de que la pubertad acreciente su belleza deberá ser internada en un convento, para apartarla de las tentaciones de la carne, pues son muy claros los signos de putosis.

Erróneo fue el diagnóstico del físico o acertada la receta. Quién sabe. Lo cierto es que la niña ingresó al convento a los catorce años y profesó a los dieciocho. Antes y después del noviciado, durante toda su vida, observó conducta ejemplar, fue modelo de virtudes, mantuvo fervor religioso inagotable, al grado de que pasó a la historia como santa y actualmente se tramita en Roma el proceso de canonización.

Por discreción y respeto no diré el nombre de esa santa, de

la que un día se dijo que presentaba síntomas de esa sucia enfermedad que corrompe alma y cuerpo conocida con el nombre de putosis.



## HIPNOSIS

—Queda relevado de su cargo el defensor —manifestó el Juez— y deberá prestar juramento el sustituto. Olegario Rivas, ¿juráis, como defensor de Olegario Rivas, cumplir con los deberes que os impone la ley y respetar la dignidad de este Tribunal?

—Juro.

—Prosigue la audiencia.

—En primer término —dijo Olegario— rendiré declaración ante vosotros, señores del Jurado. El lunes quince de enero se acercó a mi ventanilla un hombre de elevada estatura, vestido con traje gris de rayas blancas. Puso en mis manos un papel amarillo en el que no había nada escrito. Al intentar interrogarlo vi sus grandes ojos, negros, enérgicos, después una moneda de oro que apretaba en círculo por los dedos pulgar e índice. Mírala fijamente, pidió con voz grave y persuasiva. Al decir esto la movía con lentitud de uno a otro lado. Yo empecé a sentir somnolencia. Sólo puedes ver la moneda, lo demás no existe. Ella es ahora el punto central del universo. Me sentí blando por dentro, como de trapo. Has caído bajo mi absoluto imperio. Acatarás mis órdenes. Cuenta, del dinero que tienes en caja, seiscientos mil pesos en billetes grandes, entrégamelos. Obediente, conté el dinero, lo puse en sus manos. El lo guardó en un negro valijín. Permanecerás inmóvil durante cinco minutos. Nadie ni nada podrá despertarte. Transcurrido ese tiempo recobrarás la

conciencia y recordarás punto por punto lo acontecido, pero habrás olvidado para siempre mi rostro. Esa es la verdad, así ocurrieron los hechos.

El Fiscal tomó la palabra.

—Señores del Jurado. Me he referido en mi alegato escrito, y no quiero repetirlo, a la inverosímil versión inventada por el acusado. Inverosímil, absurda y disparatada. Legalmente carece de credibilidad, porque no hay prueba que la abone. Cierto que uno de los porteros dice haber visto a las dos de la tarde, hora de escaso público, a un hombre de traje gris frente a la ventanilla número ocho. Ese personaje, señores, no es sino el cómplice del reo. Cierto que otro testigo, el comerciante Venustiano Rodríguez, asegura que cuando se acercó a la ventanilla de Olegario, éste se encontraba como ido, viendo hacia la puerta principal; que lo llamó en vano por su nombre, que un minuto después de requerirlo verbalmente sopló sus ojos inmóviles, luego lo tomó del brazo y lo sacudió, que ni aun así el acusado modificó su posición de estatua; que después de sacudirlo tres veces y de preguntar qué pasa, el acusado pareció recobrar la conciencia al gritar: Nos han robado, nos han robado, me hipnotizaron. Este testimonio no hace fe acerca del estado psíquico del reo. Revela nada más que Olegario Rivas actuó como si estuviera hipnotizado. Pero, ¿lo estaba de verdad? ¿Acaso no es evidente la simulación? La voluntad humana no puede ser constreñida por la fuerza hinóptica en la forma que relata el acusado. Deberías saber, señores del Jurado, que esa fuerza es incapaz de inducir a un hombre a cometer un crimen. El hipnotizado, aun sometido a la voluntad del hipnotizador, puede oponer resistencia a mandatos que contraríen sus principios éticos. Los frenos conscientes que impiden al hombre delinquir no se rompen por la sugestión hinóptica. Es absurdo, por consiguiente, creer que Rivas delinquió impulsado por fuerza irresistible. Al interponer por vez primera, cité, en párrafos concluyentes, la opinión de los más



distinguidos científicos sobre los efectos de la hipnosis. Todos afirman que es imposible, por su medio, forzar a alguien a cometer un acto que su conciencia repruebe. Ergo Olegario Rivas es simulador y debe ser condenado. En el trance descrito por el reo le ocurren fenómenos excepcionales: no se despierta a los requerimientos del testigo Rodríguez; continúa sujeto a la sugestión cuando se retira el hipnotizador. Esos hechos, si bien excepcionales, son posibles, y el acusado de seguro lo sabe. Pero existe uno inadmisible en el plano científico, que trasciende los límites de la posibilidad: es la actitud del acusado Rivas al despertar. El verdadero sueño hipnótico —leo de una cita— se asemeja al histérico y como él se acompaña de inconsciencia y amnesia. El hipnotizado, señores del Jurado, no guarda recuerdo fiel de lo ocurrido en el trance. Al volver en sí sufre estupor, está como ebrio y no coordina las ideas. Olegario Rivas, sin embargo, lúcidamente, de inmediato, relató lo ocurrido durante el sueño. Esto, científicamente, es inaceptable. Lo cierto es que no hubo hipnotizador ni hipnotizado. El reo, un simulador, se apropió del dinero del Banco en connivencia con el personaje desconocido de traje gris a rayas.

—Hablo como defensor —intervino el acusado—. Quiero en primer término, criticar la petulancia del señor Fiscal. Pretende poseer verdades científicas definitivas, inmóviles. Unicamente Dios, ser absolutamente perfecto, es incapaz de perfeccionarse. Para el hombre, aun para el científico, no existen cúspides finales. Recordemos que en cierta época se dibujaba la tierra en planisferio y se amenazaba de muerte al que la imaginara redonda. El progreso, ha escrito Karl Lewis, es en sí mismo desmesurado e insaciable. La ciencia sostiene, según el señor Fiscal, que la potencia hipnótica es incapaz de romper las barreras morales de la conciencia. Rechaza también la posibilidad de que alguien despierte del sueño hipnótico lúcidamente, sin estragos orgánicos, recordando con limpidez lo ocurrido durante

la hipnosis, a la cual, afirma dogmáticamente, sucede siempre un estado de amnesia. Yo sostengo lo contrario. Niego, por lo mismo, haber urdido una fábula para escapar de la justicia, y haber incurrido en errores al urdirla. ¿Cómo demostrarlo? El señor Fiscal está abundantemente provisto de citas concluyentes escritas por sicólogos de maciza reputación. Yo también tengo un arsenal de citas que contradicen las suyas. En los largos meses sufridos en la cárcel he gastado el tiempo en estudios sobre la hipnosis y puedo abrumar a mi contendiente con razonamientos que destruyen sus conclusiones. Al cabo no habré logrado sino sembrar en vuestras conciencias la semilla de la duda y aguardar a que vosotros acatéis el principio de que debe absolverse al acusado cuya culpabilidad es dudosa. Pero la experiencia me enseña que ese principio no es siempre respetado por los Jurados. Muchos piensan que no debe declararse inocente a aquel cuya inocencia es sumamente dudosa. Puesto en esta situación, dejo de lado razonamientos y escojo otro camino que me garantiza, en breve tiempo, ser contundente e irrebatible. Pido se me permita presentar al señor Fiscal esta moneda.

Entonces, ante los ojos atónitos de todos, el acusado extrajo del bolsillo una moneda de oro, la penduló de izquierda a derecha ante los ojos del Fiscal y le fue diciendo palabras y palabras hasta hipnotizarlo. Esto logrado, lo hizo realizar una serie de actos bochornosos, entre ellos el de apropiarse la cartera del señor Juez. Por último le ordenó permaneciera inmóvil, como de piedra, durante diez minutos, despertar al cabo de ellos libre de toda perturbación, y recordar cuanto le había ocurrido durante la hipnosis. Pidió a los miembros del Jurado trataran de volverlo al estado consciente mientras durara el plazo. Los jurados, algunos de los cuales alfilerearon al Fiscal, fracasaron en su intento.

Transcurridos los diez minutos el Fiscal salió del estado hipnótico y relató, punto por punto, notoriamente avergonzado, cuanto le había ocurrido durante el sueño.



Tras breve deliberación el Jurado dictó veredicto absolutorio. En forma un tanto irrespetuosa, sobre todo si se toma en cuenta que entre los miembros del Tribunal había cuatro mujeres, un diario local informó:

"ACUSADO HIPNOTIZA FISCAL EN LAS BARBAS DEL JURADO".

Un año después, cuando ya casi no se recordaba el suceso, tres hombres se reúnen en un cafetín del barrio chino. Del techo cuelgan faroles azules y amarillos, el aire está enneblinado por el humo de los fumadores. Se sientan los tres alrededor de una mesa en cuyo centro se yergue una botella de whiskey, levantan sus copas. Uno de ellos, de negros ojos, de elevada estatura, vestido con traje gris de rayas blancas, pronuncia el brindis.

—Salud. Creo que logramos consumar un robo perfecto. Salud.

Olegario levanta con gentileza su copa, la hace chocar suavemente con la del hombre del traje gris, después con la del Fiscal...

—Salud.

## PAR O NON

Tengo desconcertados, en jaque, a los policías que pretenden custodiar esta repulsiva ciudad. Algunos creen que los crímenes no tienen relación entre sí y que el único lazo que los une es la perfección lograda en el arte de matar con impunidad, otros creen que un grupo de delincuentes profesionales se ha organizado en sociedad de sicarios. Nadie se imagina que yo, hombrecillo de vulgar apariencia, para curarme el insomnio, el carácter agrio, en busca de sueño y esparcimiento, salgo a matar los días lunes, miércoles y viernes, algunas veces los martes.

Todo empezó cuando fui a oír la misa del gallo a la iglesia del Pilar, alzada en la cúspide de una colina rocosa.

A la par mía estaba sentado un señor vestido de negro, añoso, calvo, de nariz aplanada y barba puntiaguda. Cuando apareció cerca del altar el hombre que recogía las limosnas, ambos lo miramos intrigados. Ignoraba el motivo de la actitud del hombre calvo. A mí me picaba la curiosidad porque, aun de lejos, el rostro del que hacía la colecta me parecía familiar. Al aproximarse le identifiqué. Era Juan Ordóñez, un antiguo compañero de colegio que despuntó como ratero cuando niño y llegó a ser con el tiempo y la experiencia un consumado ladrón. Al verlo con la mano extendida simulando santidad me llevé el pañuelo a la boca para reprimir una risotada. He de aclarar que pocas veces me río, pero que cuando me viene la risa se me

desata largo rato en forma incontenible. El hombre de al lado reaccionó molesto.

—¿De qué se ríe? —inquirió.

—Ese hombre —le contesté— es un sinvergüenza, un carterista.

—Recuerda las palabras del Señor —me dijo— no serás calumniador ni chismoso.

Yo me fui al contra ataque.

—Recuerda también que el Señor prohibió usar cabeza calva y barba supersticiosa.

—Eres lenguaraz —me replicó— difamador y falsario. No eres hombre de bien. Creo que ni siquiera eres hombre. Cuando termine la misa haré que te desdigas.

—Acepto el reto viejo puñetero —le dije cerrando el diálogo.

Salimos al atrio por la puerta del norte que da a los precipicios.

—Conozco a Juan, viejo chocho —le dije—. Es un ladrón incorregible.

—Hace tiempo que levantó cabeza —arguyó—. Ahora es oveja del Señor. Yo lo fío. Es mi hijo.

Cualquier otro hubiera pedido disculpas; pero a mí se me ocurrió improvisar una broma. Recordé que Juan tenía un tío de nombre Saturnino.

—No es hijo suyo —le contradije—. El verdadero padre es Don Saturnino. Yo lo supe por boca de las sirvientas.

Se le demudó el semblante.

—¿Quiere decir —gimoteó— que Saturnino y Elena, como yo sospechaba, que la taimada Elena...?

De seguro le acerté con el chisme en el mero centro. Lo vi palidecer, llevarse las manos al estómago e inclinarse sobre la valla que circundaba el atrio. Creí que iba a vomitar. Grande



fue mi sorpresa cuando lo vi erguirse, dar un salto y lanzarse de cabeza a los peñascales.

Como traía el ánimo alegre desde la iglesia y había bebido más de la cuenta, el suceso no me produjo pena, por el contrario un desbordante regocijo que me brincaba dentro como cadena de cascabeles. La única reflexión seria que formulé fue la siguiente: mis palabras tuvieron magia, provocaron la muerte.

Esa misma noche tuvo lugar otro acontecimiento que vino a cerrar el círculo, que me hizo sentirme como un Dios, dueño del destino de mis semejantes.

Encontré cerca de un Bar a Urbano, un antiguo amigo, a quien tuve siempre por apocado y mentecato.

Cuando íbamos rumbo a mi casa y atravesábamos una mal alumbrada callejuela, le referí mi aventura.

—No inventes tonterías, farsante —se me pone la carne de gallina.

Me ofendió su incredulidad.

—Siempre se les pone así la carne a las gallinas.

—No soy gallina —gritó, después de lanzarme un puñetazo—. Ahora demuestra tú que eres gallo.

Extendí los brazos, como alas, salté, me coloqué tras él, canté un agudo kikirikí y de un picotazo lo dejé muerto. Quiero aclarar que lo último es metáfora, que me puse la manopla en el puño y se la hundí en la cabeza.

Al día siguiente, cuando leí en los diarios las noticias del hombre que se había suicidado después de la misa del gallo y del que había sido agredido a mansalva por ladrones, tuve un leve temor, un leve y brevísimo temor; pero luego me vino una sensación gozosa que me hizo cosquillas por todo el cuerpo y me mantuvo festivo, hilarante, durante largo rato.

Debo aquí hacer un paréntesis, una aclaración. Padezco de agripnia, paso las noches en vela, los barbitúricos no me hacen efecto. Duermo a veces una hora, pero únicamente cuando he

logrado tragar por lo menos un litro de whiskey. Y aquella noche, aquella noche del primero de enero y de la misa del gallo, dormí como un niño. Había descubierto por fin una medicina para mi pertinaz insomnio. El gusanillo que llevo dentro y el goce de sentirme poderoso hicieron el resto.

Dos días después, a altas horas de la noche, esperé a un transeúnte que cruzaba confiado la esquina.

—Entrégueme a su esposa o lo mato —le dije.

Se me quedó mirando entre asustado y dudoso. Me respondió por fin:

—Soy soltero.

—Entonces no es mía la culpa —agregué.

Y le hundí el puñal hasta el pomo en el pecho. Cuán jocundo estuve esa noche y qué sueño más plácido tuve.

Después, todos los lunes, miércoles y viernes, algunas veces los martes, como ya dije, salía, por las noches, a jugar al par o non y a católico y luterano.

Para jugar al par y non anotaba dichos nombres en dos papeles que me echaba al bolsillo. Hacía contacto con algún trasnochador, lo tomaba desprevenido y le preguntaba ¿par o non? Luego sacaba uno de los papeles y confrontaba la respuesta. Si coincidía con lo escrito en el papel, estrechaba la mano del badulaque y le daba vía libre. Si caía en error le daba pase al otro mundo. Otras veces me ingeniaba para hacerlos declarar su edad o el número de su casa. Comparaba la cifra que me daban con el papel que extraía al azar y aplicaba la misma regla, regla matemática e inexorable.

El juego de católico o luterano era idéntico al de par o non, excepto en cuanto a que las preguntas se referían a esas diferencias religiosas. No puedo precisar cuántos católicos maté cuando el papel que sacaba decía luterano, ni cuántos luteranos cuando el papel decía católico. Pero son muchos, pasan de



ciento. Dos años han transcurrido desde mi primera aventura. ¡Cuántas horas de solaz y buen sueño he gozado! Pero todo termina. Mi felicidad empezó a desmoronarse cuando el hombre a quien hice la pregunta católico o luterano, resultó ser medio sordo. Me contestó:

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Que le dé la mano?

Por primera vez sin ver correr la sangre, me acometió la risa. Alcé la voz y lo interrogué de nuevo. Su respuesta fue inesperada.

—Soy ateo —me gritó.

Solté una carcajada y le perdoné la vida en atención a que era mi colega.

El incidente vertió sobre sí una especie de maleficio. Después de perdonar al ateo sólo un crimen he cometido. Y este crimen ya no me produjo euforia ni me espantó el insomnio. Desde esa fecha vengo padeciendo un intenso desgano, una neurosis suicida que tiene su origen en que aquellos poderosos estímulos perdieron su eficacia.

Los médicos son unos imbéciles. Le confesé a uno que era delincuente nato, le referí mis crímenes y le pedí me amputara los brazos.

—No puedo amputárselos ni delatarlo como yo quisiera —respondió— violaría las normas de la ética y del secreto profesional.

Otro, a quien hice idéntica petición, me saltó con las mismas paparruchas del secreto y la ética profesional.

El desvelo y la falta de medicina me han hecho desear la muerte. Eso no significa que voy a suicidarme. No soporto el dolor físico y el ver derramarse mi propia sangre me produce terror, verdadero pánico.

Hace quince días le pedí audiencia al Director de Policía. Quería confesarle todo porque la vida carece para mí de incentivos y la tortura de no dormir es insoportable. Había calculado

que al confesar —hasta allí puedo llegar contra mí mismo— me apresarían, me sentenciarían y me pondrían frente al pelotón de fusilamiento.

Pero el Director no me concede audiencia. Quince días consecutivos he hecho antesala. Hoy me dijo el Secretario que volviera dentro de dos semanas, que entonces casi con seguridad... era posible.

No han querido oírme, pese a mis esfuerzos. Bueno, pues que sufran las consecuencias. Esta noche volveré a buscar la medicina.

FIN



## INDICE

Esta edición consta de 3,000 ejemplares. Se terminó de imprimir en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación el día 27 de mayo de mil novecientos setenta y cuatro. San Salvador, El Salvador, C. A.



